

«... para que todo el que crea en Él no perezca... » (Juan 3,16-21)

La fe en el resucitado plenifica nuestras vidas. Creer no se reduce a un acuerdo conceptual o afectivo con el mensaje y la persona de Jesús de Nazaret sino que se traduce en un modo concreto de vida. *“El que obra la verdad va a la luz...”*

El Evangelio nos recuerda hoy que obrar el BIEN y la VERDAD es ponernos en sintonía con el resucitado. Y esa es la nueva vida a la que nos invita la Pascua. Una nueva vida que no tendrá final, sino que será *“vida eterna”*.

La resurrección, es por tanto una clave de vida para el presente y no sólo una promesa de futuro. Resucitar hoy es entrar en esta sintonía de BIEN y VERDAD. Podríamos decir que la plenitud escatológica se hace presente porque Cristo, nuestro hermano mayor, ha resucitado. En Él la humanidad entera ya ha resucitado.

Sin embargo, la experiencia cotidiana nos indica sin ambages que no siempre optamos por el bien y la verdad, que somos débiles, que las limitaciones nos rodean por todas partes... Basta con echar una mirada al mundo del dolor psíquico con el que estamos comprometidos. ¿Dónde queda entonces la Resurrección del Señor?

Todo ser humano busca un sentido de VIDA EN PLENITUD y esa búsqueda se convierte en certeza de fe en Cristo resucitado. La escatología adquiere una nueva e inesperada perspectiva desde la Resurrección. Una perspectiva que implica una tensión que los creyentes vivimos en la esperanza. Es “el ya y el todavía no” de una NUEVA VIDA que podemos y debemos ir construyendo desde nuestra historia.

Aceptar la Resurrección implica un compromiso con el BIEN y la VERDAD, un compromiso de santidad. Entonces iremos haciendo dinámicamente tangible la NUEVA VIDA DEL RESUCITADO entre nosotros.

No podemos obviar esta visión en la vivencia del carisma Hospitalario. Si nos tomamos en serio que *“el proyecto Hospitalario está al servicio de la evangelización”* (MII,24) debemos integrar el sentido pascual a todo proceso de sanación y acompañamiento. Esta persona enferma a la que atendemos, esconde en los signos de sus limitaciones, una llamada irrenunciable a la plenitud. Ya está, misteriosamente, resucitada en Cristo. El humanismo cristiano centra en esta certeza la fuente de la dignidad absoluta de todo ser humano.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

